

EATRO

C
UBANO

4

*obras recomendadas en el
I concurso literario de
la casa de las américas*

LA VIUDA

María Irene Fornés

LA PAZ EN EL SOMBRERO

Gloria Parrado

EL ROBO DEL COCHINO

Abelardo Estorino

EL VIVO AL POLLO

Antón Arrufat

MARIA IRENE FORNES nació en La Habana en 1931. Ha vivido en Estados Unidos, Francia, Italia y España. Estudió pintura y decoración. "La viuda" es su primera obra de teatro.

Vive actualmente en Europa. Ha escrito cuentos y poemas.

GLORIA PARRADO nació en la provincia de Camagüey en 1925. Estudió en la Escuela Profesional de Comercio de La Habana. En 1958 se estrenó su obra en un acto, "Juicio de Aníbal". "La Brújula" fue estrenada en 1961 por el Teatro Nacional. En el mismo año, la Sala Arlequín montó "Arriba arriba", pieza en un acto. Ha escrito cuentos y una novela. Tiene varias obras de teatro inéditas. Trabaja como contadora en una casa comercial.

LA VIUDA

María Irene Fornés

LA PAZ EN EL SOMBRERO

Gloria Parrado

EL ROBO DEL COCHINO

Abelardo Estorino

EL VIVO AL POLLO

Antón Arrufat

teatro
cubano

*Cuatro obras
recomendadas
en el II concurso
Literario Hispanoamericano de la
Casa de las Américas*

Casa de las Américas, La Habana, Cuba, 1961

María Irene Fornés

PQ
7385
.T367
1961

LA VIUDA

PERSONAJES

ANGELA MARTIN. a la edad de setenta.

EL ESCRIBIENTE.

FRANCISCO DE ARENAL a la edad de treinta, periodista y revolucionario, esposo de Angela.

PADRE CRAVET

ANGELA BUENA Angela a la edad de veinticinco.

DON MODESTO a los cinco años.

SALVADOR NIÑO hijo de Angela y Francisco

SALVADOR. el mismo a la edad de veinte.

MONCITA,

CASIMIRO PAZ a la edad de 17, fiel admirador de Angela.

MANUEL ALVAREZ

© Propiedad de los autores
La Habana, Cuba.

La Casa de las Américas es una institución
cuya función primordial es lograr
un mejor conocimiento y respeto
entre los países latinoamericanos.

A ese objeto, cada año convoca a un concurso literario
para estimular la creatividad literaria
entre los pueblos de nuestra América.

Diseño de Tony Evora

Primera Edición, Agosto de 1961: 2,000 Ejemplares.

Impreso por Tipografía Ponciano, S. A.

La Habana, Cuba

1961, Año de la Educación

I

La escena es una antesala de estilo andaluz. El mueble principal situado a la derecha es un enorme escritorio con infinidad de pequeñas gavetas y colocado en una plataforma de un pie de alto con un escalón. Frente al escritorio hay una banqueta alta y un atril. La superficie de ambos, el atril y la banqueta, es demasiado pequeña para servir con comodidad de asiento y escritorio respectivamente. En el resto del aposento hay sillas, sillones, una mesa con un cofre, un sofá y una jaula, una caja negra de sombrero. A la izquierda hay una puerta; en la pared del fondo hay dos grandes ventanas y entre ellas un cuadro con el retrato de un joven.

Angela es una mujer enérgica, de unos setenta años. Su carácter estricto se revela inmediatamente por sus gestos y el estado de orden y sobriedad del aposento.

Angela lleva a la cintura un llavero del cual cuelgan llavecitas que abren las gavetas del escritorio y que da la impresión de ser un rosario cargado de medallitas. Angela sabe, sin vacilar, la llave que pertenece a cada gaveta. Es el año 1899.

Se oyen ladridos de perros y Angela, que ha es-

tado en escena inmóvil unos segundos, se apresura hacia la ventana derecha y mira hacia afuera alzando ligeramente la cortina de encaje.

Hay claridad de mañana. Al comprender quien ha entrado, corre al escritorio, abre una gaveta, saca una carta (siempre que saca algo de las gavetas las vuelve a cerrar inmediatamente) y corre a la ventana izquierda donde lee la carta a una pulgada de sus ojos. La actuación debe ser lo más contenida y estilizada posible aún cuando se trata de palabras o gestos exagerados en su contenido. Angela no debe ser representada por una mujer joven caracterizada, sino por una mujer de edad, o quizás por un muchacho, pues estaría a su favor lo enérgico, lo firme, lo ágil, sin carecer de gracia y elegancia.

Entra el escribiente, un individuo escudido y polvoriento. Angela le señala, sin volver la cabeza, el escritorio. El escribiente se sienta en el escritorio y abre su portafolio de piel raída y polvoriento, saca papel amarillento y pluma ornada en oro. Angela se vuelve.

La obra se desarrolla en una habitación de la casa de Angela en Sevilla durante los años 1899, 1900, 1901 y 1902.

ANGELA.—¡No, ahí voy yo!

(Angela le señala la banqueta. El escribiente se sienta. El texto de las cartas de Angela está escrito entre comillas, el resto son las palabras que le dirige a alguien en la escena).

(Cada vez que Angela dicta la puntuación la dibuja en el aire con su mano. Para dibujar una coma hace un gancho con el índice y dobla bruscamente la muñeca, para indicar un punto pone el índice rígido y dobla bruscamente la muñeca. Sentándose en el escritorio Angela comienza a dictar).

“Sevilla,

“Coma,

“Mil ochocientos noventa y nueve,

“Querido David.

“Me han dado a leer”...

¿Qué escribe Vd.?

(Se dirige al escribiente y lee por sobre su hombro)

“Espero que al reci...bo...

(mira al escribiente con irritación y vuelve a su asiento).

Nada espero, Vd. escribirá sólo lo que yo le diga.

(Angela se concentra un momento y empieza a dictar de nuevo).

“Me han dado a leer una carta que dice”...

“Comillas,

“A consecuencia de un ataque... Francisco de Arenal ha perdido...”

(Angela se levanta, va al escritorio y viendo muy de cerca el papel que el escribiente emplea vuelve a su escritorio, abre una gaveta y saca una hoja de papel más amarillenta aún que la del escribiente y con los bordes raídos.)

Con mi monograma. Con mi monograma.

(Angela cambia su papel por el del escribiente y titubea sin saber qué hacer con la hoja que tiene en la mano, entonces se dirige rápidamente a su escritorio y la mete en una de las gavetas.)

(El escribiente no deja de escribir un solo instante. Cuando Angela le ordena que borre, cambie o destruya algo continúa escribiendo sin prestarle atención y no reacciona a ninguna de sus palabras a no ser de la manera indicada.)

Comillas.

“A consecuencia de un ataque, Francisco de Arenal ha perdido el uso de la razón.”

Cierre comillas.

“Quisiera saber cuál es el estado de su salud. Averigua de la manera más discreta e infórmame inmediatamente.”

Punto, punto, punto.

Pero sin dejar saber a nombre de quien preguntas.

“Querido David, insisto. ¡Insisto!

“Insisto solamente una vez

“que seas discreto cuando investigues, pues debo mantener una reserva

(alza la cabeza)

“digna en todo lo concerniente a esta gentuza. *(rápidamente)*

“Te deseo suerte. Prosperidad y salud.

“Adios.

“Angela.”

(Angela comienza otra carta sin hacer pausa.)

“Sevilla

“Mil ochocientos noventa y nueve.

“Mi querido David:

“El problema cubano no sé como quiera Dios resolverlo. Pero me parece que no habrá guerra con los Estados Unidos, porque este pueblo es muy práctico y no emprendería una contienda que perjudicaría sus intereses.

“Yo nunca he podido aclimatarme moralmente aquí en España. Nada me inspira verdadero interés. Siempre me consideré como de paso. Si yo hubiese podido hacer retroceder el tiempo a los días en que planeamos ponernos a salvo de los daños de la Guerra de los Diez Años. No hubiera secundado la decisión de mi madre de emprender un viaje tan lejos de nuestro hogar. De este modo es que ya llevo treinta años en este país. “Dios quiera que en Cuba se restablezca la confianza para que haya prosperidad. España se viene abajo con la inmensa deuda que tiene encima y sin hombres de gobierno que sepan dirigir con acierto el timón del Estado.

“La propiedad ha bajado muchísimo por las enormes contribuciones. En la renta de mis casas he tenido tantas pérdidas que tengo que cubrir el déficit con capital.

(Sin detenerse.)

“Sevilla. Mil ochocientos noventa y nueve.

“Querido David”.

Dos puntos.

“Me apresuro a escribirte de nuevo, pues he visto un periódico de La Habana que dice *(abre otra gaveta y saca un periódico amarillento, sin desdoblarlo y lee)*

que dice que todos los matrimonios existentes deben inscribirse antes de Diciembre treinta y

uno, si no, no tendrán validez legal.”

Punto.

“Debes inscribir mi matrimonio inmediatamente. Comprenderás mi interés en todo esto. Mi situación es extrema y excepcional.

Contesta en seguida.

“Tu prima, Angela.”

“P. D. Es interesante ver como los americanos resuelven los asuntos morales antes que nada.

(Angela se levanta, va a un gran cofre en una mesa. Saca un caramelo verde, mira dentro del cofre, como buscando algo. Saca otro caramelo verde. Mira al escribiente y decidiendo no ser tan generosa devuelve el segundo al cofre. Se mete el primero en la boca. Vuelve a mirar al escribiente y decide que debe darle un caramelo. Saca un caramelo naranja y da unos pasos hacia el escribiente, siente que es demasiado generosa y devuelve el caramelo al cofre. Hurga entre los caramelos hasta encontrar uno mucho más pequeño. Camina hacia el escribiente. Se lo pone en el bolsillo del pecho. Va al escritorio. Saca una carta. Se sienta en un sillón y lee la carta en voz baja meciéndose rápidamente. Saca el caramelo de su boca. Lo envuelve en su papel, se lo pone en el bolsillo. Desde allí dicta.)

“Querido David,”

Coma.

“He recibido tus dos cartas y te doy gracias por contestar tan eficazmente a mis preguntas. Las comprendí mejor que las anteriores, pues mis ojos están muy débiles y cansados y necesito letra muy clara para no agotarlos. “Las noticias que me das sobre la salud de Francisco de Arenal coinciden con las que tuve antes.”

Comillas.

“Que está loco. Completamente inútil.

(Vuelve a dibujar signo.)

“Pobre infeliz. Mala enfermedad le ha caído.

Me dicen que su salud no pudo resistir el disgusto de presenciar la entrada de los americanos en Cuba. Pero yo creo que es una enfermedad de remordimiento de conciencia por haber vivido una vida de libertinaje y de amor libre con esa.

(El escribiente la mira con la mirada en blanco. Suena una matraca cuyo sonido parece salir de dentro del escribiente; al mismo tiempo su abdomen hace contracciones como de carcajadas. Angela con la mirada fija en el escribiente y en tono firme:)

“Sigue contestando todas mis preguntas. Te deseo salud, suerte y prosperidad.”

Coma.

“Angela.”

(Suena una campanilla. Angela abre otra gaveta apresuradamente. Saca una carta azul, descolorida por el tiempo, se la mete en el bolsillo y camina rápidamente de un lado a otro de la habitación. Los movimientos de Angela entre carta y carta representan la síntesis de sus pensamientos y ansiedades durante largas y angustiosas esperas. Esos momentos deben tener gran claridad, precisión e intensidad.)

(De pie dicta con tono grave.)

“Querido David:

“Mi matrimonio nunca se ha disuelto. Sin embargo, mi fiel amigo Camisiro Paz, me ha mandado un recorte de periódico que dice:

(Alza la cabeza como si viese el recorte ante sus ojos.)

“Entre los concurrentes se encontraba el ilustre escritor Francisco de Arenal y su distinguida esposa Doña... F... F...”

(Se detiene cual si el odio no le permitiese decir el nombre.)

“David,

¡el nombre escrito en ese espacio no es el mío!

(Acelera la voz. Está rígida.)

“Quise impedir que mi mente se contaminara con las impurezas de esa pareja; les negué el acceso aun a mis pensamientos. No permití que me torturaran con sus infamias. Ni me quejé de mi mala suerte, ni asedié a otros con quejumbres, sino que me resigné estoicamente a mi destino. “Pero hoy que me retan usurpando mi posición, no sólo socialmente como lo han venido haciendo, sino en forma oficial por medio de la prensa, abandono mi antigua posición. Mancharé mi nombre compareciendo ante la corte, no pasaré por alto la defensa de mis derechos civiles y morales.

(Pausa, afligida.)

“¿Cómo es que tú no me has dicho nada, mi querido hermano? ¿No pensaste que me hacías daño?”

(Recobrando su rigidez en parte.)

“Debo ejercer mis derechos y recuperar mi honor. Tu prima, Angela.”

(Se dirige al sofá rápidamente y se acuesta estirada boca arriba. Permanece así un momento. Se levanta de pronto y permanece de pie unos instantes junto al escritorio con la mirada fija en el escribiente que ha seguido escribiendo.)

“¡David!

“Tu carta del diecisiete no es alentadora.

“Preguntas a *Don Fermín* si se puede hacer algo para impedir que se publique el nombre de esa farsante como la esposa de *mi esposo* no tiene sentido.

“No sé por qué *preguntas* semejante cosa. Si tú sabes quien es el ladrón que diariamente te roba, ¿irías a un abogado a *preguntar* si se puede evitar que te siga robando? ¿O irías a decir “quiero que pongan preso a ese ladrón o quiero que se le castigue? ¿No piensas tú que existe la ley?”

“Debes consultar a una persona resuelta y enérgica, y dejarme saber en seguida qué medida debemos tomar. Angela.”

(Angela permanece unos momentos inmóvil. Lleva una silla al centro de la pieza. Todos sus movimientos son lentos y ceremoniosos. De un rincón a la derecha trae la caja de sombreros negra y la pone frente a la silla. Saca una hoja de papel negra de su escritorio, la cambia por la del escribiente y archiva la hoja usada en el escritorio. Se sienta en la silla que acaba de mover, abre la caja, se pone el sombrero el cual llevará puesto durante el resto de la obra. Se sienta y permanece inmóvil un rato.)

(Con tono apagado:)

“Ha muerto Paco.

“Que Dios le haya perdonado todos sus errores.

“Junto con tu carta recibí una de Casimiro Paz donde me ha mandado la esquela mortuoria.

(Reprochando.)

“Tú la has visto

(pausa)

“sin duda.

“Hubiera preferido recibir tan desagradable papel de parte tuya; si así hubiera sido pudiera imaginarme que a mi familia le importa lo que me sucede.

(Maviéndose hacia su escritorio donde permanece de pie.)

Debo ver inmediatamente el certificado de defunción de Francisco de Arenal.

(Pausa.)

“Presiento que han osado borrar mi nombre de ese documento sagrado, igual que lo han hecho en la esquela, y que en ese lugar que me corresponde a mí y solamente a mí, han escrito ese nombre ruín.

(Pausa.)

“No cesaré hasta que haya divulgado en cada rin-

cón del mundo la desvergüenza de esos dos.

(Pausa.)

“Gracias por tu carta de pésame.

“Espero que el año nuevo y principio de siglo sea para ti próspero y feliz, Ángela.”

(Ángela camina rápidamente hacia la izquierda, se detiene. Se vuelve al escribiente.)

Déjeme firmar.

(Firma el papel. Regresa al escritorio. Permanece de pie, de espaldas al público, junto a su silla.)

(Se oscurece la escena.)

II

Es el atardecer en la misma estancia. Ángela está en su escritorio y el escribiente en la banqueta. Ángela apoya el codo en el escritorio, sostiene su cabeza cubriendo parte de su cara con la mano y permanece así unos segundos.

A la izquierda hay una plataforma de unos cuatro pies de alto con escalones para descender a la escena, por donde van a aparecer personajes que Ángela ve en su imaginación mientras dicta sus cartas. La plataforma y los escalones están decorados con cintas y flores negras. El año en el almanaque es 1900.

ANGELA.—*(su voz denota cansancio.)* “No he recibido respuesta a mi última carta, pero yo tengo tantas cosas que decirte

(Aparece Paco en la plataforma y queda en posición militar de descanso. Tiene unos treinta años y aparece siempre de esa edad. Ni Ángela ni los personajes que aparecen en la plataforma deben reaccionar a ninguna de las palabras que se dicen, ni aparentar haberse visto, a no ser de la manera indicada)

cosas que siempre mantuve en secreto, pero que hoy, ya sin motivo para conservar su carácter privado, siento la necesidad de confiártelas.”

PACO.—¡Angela!

ANGELA.—“El comportamiento de Paco fue siempre de una irresponsabilidad desvergonzada.”

PACO.—Mis principios no me permiten continuar escribiendo las falsedades que el diario me exige.

(Paco desciende los escalones y se mueve libremente en la habitación.)

He tenido un altercado con Don García y nos hemos hecho acusaciones que me hacen imposible seguir trabajando en el periódico.

ANGELA.—“Vendió todos los muebles para pagar sus deudas. Se había metido en asuntos políticos o qué sé yo.”

PACO.—Sé que tú comprenderás. Buscaré otro modo de ganar nuestro sustento, o si no, iremos a La Habana. El Conde de Pozos Dulces ha mostrado interés en mis crónicas. Quizás me permita trabajar en la redacción de “El Siglo”.

ANGELA.—“Cuando me instalé en casa de mis padres se mudó a un cuartucho inmundito.”

PACO.—¡Angela! ¡Te tenecisito a mi lado! ¡No me prives de la presencia de mi hijo! Sin mi familia no tengo tranquilidad para resolver nada.

ANGELA.—“No tenía medios de manutención ni aún para sí mismo. Me asediaba continuamente. No podía salir sola por temor de que estuviera aguardándome al doblar una esquina. Me escribía cartas diariamente. Me mandaba recados y notas con todo el mundo. A veces se mostraba cariñoso, otras amenazante, diciendo que me quitaría el niño y no le enseñaría ni el nombre de su madre. Me decía que hasta que estuviera yo a su lado no tendría tranquilidad para resolver nada. ¿No era esto un signo de desequilibrio mental?”

PACO.—A ti te he perdido... Ya no quieres ni usar mi

nombre. Pero el niño vendrá a mi lado y nada me lo impedirá.

(Paco da un golpe en el escritorio.)

¡Nada!

ANGELA.—“¿Cómo nos iba a mantener? ¿A dónde íbamos a ir el niño y yo? ¿Al cuartucho? Yo trataba de calmarlo con promesas, trataba de apaciguar su ira con súplicas para borrarle de la mente la idea que tenía de arrebatarme a Salvador.”

PACO.—¡No! ¡No! ¡No! *(Paco se cubre los oídos)*. No vas a confundirme con mentiras. ¡Mentiras! ¡Mentiras!

ANGELA.—*(nerviosa y angustiada)*. “El comprendía la oposición de mi familia a nuestra unión, me decía...”

ANGELA Y PACO.—“Tu lealtad está con tus padres no conmigo.”

PACO.—¡No conmigo! ¡No conmigo!

ANGELA.—“Y mientras más promesas yo le hacía más se enardecía, y así se hacía la situación más insoportable y sombría.”

(Por la plataforma entra el Padre Cravet. Es un individuo grueso, vestido exactamente igual que Angela. Usa una peluca simulando calvicie. Lo único que lo define como confesor son sus abundante gestos sacerdotales y quizás un crucifijo. Este mismo actor representará el papel de Don Modesto, sin cambiar su vestimenta.)

(El Padre Cravet entra con andar rápido y casual, al llegar al lugar adecuado se pone en posición “tableau” ya preparado para dar la absolución. Inmediatamente, mientras Angela habla, entra Angela Buena reverentemente.)

(Angela Buena representa la imagen que Angela tiene de sí misma. Es joven, dulce y delicada. Viste exactamente igual que Angela.)

ANGELA.—“Para tranquilizar mi espíritu fui a confesarme. Me acerqué al confesionario del Padre Cra-

vet, quien me sometió a un interrogatorio minucioso. Más de tres horas empleé en aquel relato, hincada de rodillas vaciando mi alma en Dios."

PACO.—¿Cómo te puedes sentir tan complacida? ¿Qué puede ser para ti la opinión de ese jesuita ante mi dolor?

¡Mírame, mírame a la cara. ¡Mírame!

(Angela, sin mirar a Paco, hace señales de silencio a su propia mente. Se frota los oídos ligeramente como para borrar su pensamiento y ofrecer toda su atención a la escena entre Angela Buena y el padre Cravet.)

(Paco se sitúa en un lugar inconspicuo y permanece inmóvil en una posición natural y cómoda.)

ANGELA BUENA.—*(Llorosa)*: Padre. No quiero más que complacer a mi marido y jamás acierto.

(Angela se acerca y observa con entusiasmo como se desarrolla el diálogo).

PADRE CRAVET.—*(Dulcemente)*: ¿Cómo vas a poder complacerlo, hija, si por lo que me has estado diciendo se ve que ni él mismo sabe lo que quiere? *(El Padre Cravet da un salto atrás para salir de lo que representa el confesionario y disfrutar con carcajadas convulsivas pero silentes de la forma ingeniosa con que resuelve la absolución de Angela. Da un paso hacia adelante y recobra su actitud ceremoniosa.)*

Hija mía, ¿has observado si tu marido se excede en la bebida?

ANGELA BUENA.—Padre, ni siquiera toma vino.

PADRE CRAVET.—Si él no bebe, entonces su cabeza no está bien. ¿Lo perdonas?

ANGELA BUENA.—Sí, padre, con todo mi corazón. *(Pausa.)* Siempre le he perdonado.

PADRE CRAVET.—Entonces te daré la absolución.

PACO.—*(Se pone de pie de pronto y señala con el índice.)* Esa confesión fue un fraude.

ANGELA.—*(Emocionada por la escena.)* Éscriba:

"Al terminar me dijo: Ve al altar y dale gracias a la Virgen por haberte librado de las manos del que iba a destruir tu espíritu. Y vuelve mañana, porque quiero darte el escapulario de la Virgen del Carmen.

(Angela Buena y el Padre Cravet permanecen inmóviles.)

"Ahí tienes la opinión del virtuoso jesuita. Así fue que su perspicacia me preparaba con auxilio divino para los sufrimientos venideros.

"Como tú sabes, Paco se buscó la enemistad de todas las personas de influencia defendiendo los intereses de la gente humilde. Se oponía a Don Modesto y Don Roque, y no se limitó a esto, sino que les dirigía frases ofensivas y burlonas a esos dos potentados. Los dos lo odiaban y deseaban sacarlo de Sancti Spíritus.

DON MODESTO.—*(El Padre Cravet corre al centro de la escena como si se le hubiera olvidado que tiene que hacer de Don Modesto. Se transforma en Don Modesto cambiándose la peluca frente al público. Ahora lleva pelo blanco.)*

A hombres de tal casta no se les debe permitir la entrada en el seno de las familias decentes. A hombres de tal casta no se les debe permitir entrada en lugares decentes. A hombres de tal casta no se les debe permitir. ¡No se les debe permitir!

ANGELA.—"Y atizaban el encono de mi padre, menospreciando el carácter de Paco."

DON MODESTO.—Ese hombre se atreve a representarme en su librito. Se atreve insultarme aquí en mi propio *(señala el piso)* espíritu. ¡Santo cielo! ¡Santo cielo!

ANGELA.—*(De pie detrás del escribiente.)* "A Don Modesto no se le podía mencionar el nombre de Paco, pues éste tradujo y publicó la obra teatral francesa "El Avaro", donde el protagonista te-

nía gran parecido con Don Modesto.

(*Matraca*).

“Y Don Modesto lo tomó como una ofensa personal.

(*Don Modesto permanece inmóvil*).

“Yo le rogaba a mi padre que tuviera paciencia, que tuviera piedad de Francisco, que tuviera piedad de mí. Yo temía que si continuaba la atmósfera beligerante Paco trataría de quitarme el niño. No sé cuánto sufrí!

“Los médicos que conocían el carácter violento de papá, juzgaban que su vida peligraba si se le contradecía.

“Un día presencié una escena cuyo recuerdo iba a atormentarme el resto de mis días. Cuatro amigos de mi padre lo aguantaban para impedirle que avanzara hacia Paco que había entrado en la sala. Y yo paralizada por la indecisión y el terror no sabía qué lado tomar.

“Por un lado el cuidar a mi padre era mi deber sagrado, por el otro el desequilibrado mental de Paco inspiraba en mí terror y compasión.

“Aún hoy sufro acordándome de la escena.

(*Angela suspira y camina hacia la ventana y mira hacia afuera*).

“Sin embargo, Dios compensó todos mis sufrimientos permitiéndome traer a este mundo un ser tan piadoso como lo fue mi Salvador. Desde muy temprana edad se reveló su extraordinario carácter.”

(*Entra Salvador Niño. Tiene cinco años. Viste un traje de marinero azul celeste de pantalón corto y sombrero de ala ancha. Lleva un arco. Salvador entra dando gritos y corre a los brazos de Angela Buena que ha salido de su inmovilidad.*)

ANGELA BUENA.—(*Atenta y dulce*). Hijo mío, hijo mío.

¿Qué te ha sucedido?

(*Salvador niño gime*).

¿Qué le ha sucedido a mi niño?

SALVADOR NIÑO.—(*Entre sollozos*).—Salvador... no... salva a nadie. (*Llanto*).

ÁNGELA BUENA.—¿Salvador no salva a nadie? ¿Qué dices, ángel mío?

SALVADOR NIÑO.—(*Entre sollozos*). Los niños... los niños... me cantaban. (*Sonsoneando*). Salvador no salva a nadie. (*Gime sonsoneando*). Salvador no salva a nadie.

(*Angela buena estrecha a Salvador niño en sus brazos, lo mece. Salvador niño se calma*).

SALVADOR NIÑO.—Madre, ¿salvador es para salvar?

ANGELA BUENA.—(*Ríe*).No, hijito. Salvador es un nombre.

SALVADOR NIÑO.—(*Sin haber oído a Angela buena*). Salvador es para salvar.

(*Salvador niño juega con su arco. Se agacha en el piso*).

ANGELA BUENA.—¿Qué haces, niño?

SALVADOR NIÑO.—Estoy salvando hormigas.

ANGELA BUENA.—Pero ¿para qué las metes en el charco, hijo?

SALVADOR NIÑO.—Para salvarlas, madre.

ANGELA.—“Tanto le había impresionado el significado de su nombre, Salvador, que desde que lo descubrió se complació en salvar hormigas que él mismo ponía en un charco de agua o en curar alguna lagartija que en sus juegos se había roto una pata.

(*Salvador niño y Angela buena permanecen inmóviles, Salvador niño está en las piernas de Angela buena*).

“Este espíritu caritativo permaneció siempre con él, cuando era ya mayor me decía a menudo. “Madre, sólo quiero hacerla feliz”. Comprendía lo mucho que yo había sufrido en mi vida.

(*Pausa. Angela se dirige al retrato de Salvador. Lo contempla un rato.*)

“Salvador nunca pudo acostumbrarse a la idea

de vivir alejado de su padre. Murió pensando en él y preguntando por él.

(Aparece Salvador en la plataforma. Tiene unos veintiún años. Viste igual a Salvador niño pero con pantalón largo y sin sombrero, hasta quedar fuertemente iluminado. Mira con sus ojos desorbitados, permanece de pie en la plataforma. Angela se le acerca como quien se acerca a una aparición):

“Unas horas antes de morir pidió estar solo conmigo para hablar de su padre y preguntarme por qué fue que nunca le conoció: *(con perplejidad)* como si sintiera que se le escondía algo.

SALVADOR GRANDE.—*(De pie con la mirada hacia el techo habla como un moribundo)*. Madre, porqué no vi nunca a mi padre.

ANGELA.—“Las circunstancias adversas lo distanciaron. La fatalidad, las pasiones mundanas, la política, el exilio, *(Salvador se contrae violentamente, Angela se sobresalta.)*

SALVADOR.—*(Lentamente.)* Una - mujer - tan - superior - que - desgraciada - ha - sido - madre. *(Angela se echa al suelo cubriéndose el rostro y emitiendo un gemido. Paco, Angela Buena, Don Modesto, Salvador niño y Salvador grande la rodean lentamente. Angela se escurre fuera del círculo y vuelve a su asiento.)*

ANGELA.—“Te escribo como si te estuviera hablando de silla a silla, pero queda tanto por decir... Te abraza, tu prima Angela”.

(Se oscurece la escena.)

III

(Es de noche en la misma estancia. Un quinqué en el escritorio de Angela alumbrá el aposento. El escribiente está en su banqueta. Angela se dirige triste y lentamente al escritorio. Saca un documento viejo. El año es 1901.)

ANGELA.—“Querido David: Me dices que Paco se hizo ciudadano americano, y que como ciudadano americano tuvo derecho al divorcio y a un nuevo matrimonio.

(Gritando)

¡No es cierto esto!

(Pausa)...

Que Dios lo perdone.

(Maquinalmente)

“No sé qué clase de leyes tienen los Estados Unidos que alientan a un hombre a abandonar a la esposa y a los hijos legítimos para comenzar, como si el pasado no existiera, una vida nueva con una mujer cualquiera y con hijos ilegítimos. Pero de todos modos, aunque esta ley sea así, Francisco de Arenal no hubiera nunca recurrido a ella. Paco no tuvo nunca otro interés que el bienestar de su mujer e hijo. ¿Cómo iba él a renunciar a ellos, adquiriendo el divorcio; que significa la ruptura con todos los conceptos humanos de moralidad y respeto?”

(Con avidez)

No creas nada de lo que dicen, David; ni Paco se hizo ciudadano americano ni nunca hubo tal matrimonio. ¿Cómo voy a ser yo una divorciada? (Pausa)

“Cuatro años después de nuestra separación Paco aun me escribía cartas que reflejaban la lealtad que profesaba a su esposa e hijo. . .

(Entra Paco por la plataforma diciendo:)

PACO.—“La Habana. mil ochocientos sesenta y cinco.

Angelina:

No me explico cómo he podido inspirar en tus padres sentimientos de enemistad tan poderosos como para impedirme que contribuya a los cuidados de mi hijo.

Lamento la seria enfermedad de tu padre y deseo, quizás en vano, que no se vaya de este mundo sin darme su abrazo. Siempre he querido ofrecer a tí y a Salvador todo el apoyo que mis medios me permitan.

Si tu padre muriera, espero que no tendrás inconveniente en aceptar lo que dentro de mi pobreza puedo ofrecerte.

Mil besos a Salvador.

ANGELA.—No está claro que Francisco era consciente de su deber como esposo y padre. El sabía bien que la madre de mi padre aumentaría mi fortuna. “La amante que se interpuso entre nosotros fue la única causa de nuestra separación.

(Matraca. Angela se pasea por la habitación.)

“Quince años, fíjate bien, quince años después de nuestra separación me escribía pidiéndome que reanudáramos nuestra, vida matrimonial.

(Paco permanece inmóvil)

(Al pasar Angela por la entrada de la derecha entra Moncita. Moncita sigue los pasos de Angela alrededor de la habitación. Moncita habla insistentemente para conseguir la atención de Angela. Su voz es aguda y trémula. Viste un traje con

adornos azul celeste y rosa. Su pelo está teñido de rubio, su cara muy empolvada. Es ligera a pesar de ser muy gruesa. Sus gestos son infantiles. Angela da vueltas por la habitación durante toda su visita y no parece oírlo.)

MONCITA.—Lo que dicen de Arenal, que piensa venir a Sevilla a reunirse contigo, es verdad ¿sabes? Me lo ha contado gente que sabe lo que dice ¿sabes?

Figúrate que ellos tienen que vivir fuera de Cuba porque están en exilio; sí, en exilio, porque en Cuba no los quieren las autoridades.

Nada, que ha salido botado de allí. ¡Qué vergüenza!

Pues en fin, ellos desde entonces, desde 1866, han vivido en Nueva York.

Sí, tú te acuerdas, que fue en 1866 cuando Salvador estuvo tan malito el pobrecito, que en paz descansa.

(se persigna)

y Arenal no fue ni a verlo porque estaba escondido preparando su huída, porque había escrito horrores de la administración del General Lersundi que bien se lo merecía, porque era un sinvergüenza, pero, bueno, eso no era asunto de Arenal. ¿Qué necesidad tenía él de meterse en líos y ponerse al margen de la ley como un simple criminal? No, señor, una persona de su posición no actúa así. ¿Ves tú que ya desde entonces le interesaban más sus correrías que su propio hijo?

Pues sí, ellos han vivido en Nueva York todos estos años, a ver. . . estamos en el setenta y siete (Cuenta con los dedos)

once años han vivido en Nueva York. Pero bueno, déjame decirte. . . que ahora viene lo que te iba a contar que es que él la ha abandonado o mejor dicho, ella lo ha abandonado, porque tú

sabes que él la abandonaba a cada rato, cuando le daba la gana. La abandonaba a ella y a los cuatro hijos que tienen, y a ella no le importaba, lo esperaba siempre y ni se lo reprochaba. Pero esta vez ha sido ella quien lo ha dejado a él, porque ya era demasiado y se cansó, porque él la trataba de lo más mal, le pagaba, y no se ocupaba en nada de ella, porque más le interesaba andar mataperreando por ahí con esos revolucionarios haciendo reuniones y colectas y escribiendo cosas que no le traían ningún provecho (*Moncita frota el pulgar con el índice. Se distrae un momento y Angela se adelanta. Moncita corre y la alcanza*)

que de mantenerle un hogar decente. Y ella no podía hacer que cambiara, pero a ella no le importaba, tú sabes. Figúrate que hay quien le ha oído decir: "No quiero serle una carga, sólo quiero ayudarlo."

Hay quien la ha visto de rodillas rogándole que le permitiera vivir a su lado, que le permitiera ser su esclava, que le permitiera acompañarle al campo de batalla para hacer cualquier cosa por él, llevarle el fusil. Y ella no se abochornaba de todo esto, lo cual y te indica lo poco que cuidaba de la forma social. Imagínate tú, hay gente que nace para eso, para que las traten mal.

El se iba, se le desaparecía y ni le decía a donde iba ni tenía ella forma de enterarse. Dicen que hasta a Cuba se fue en medio de la guerra, unos dicen que se fue a la manigua con Maceo. Ahí, a pelear con los guajiros y con toda esa gentuza; imagínate qué disparate; otros que estaba en La Habana conspirando no sé que asunto, pero en resumidas cuentas, el caso es que al irse no le dió ni las buenas noches. Yo no me explico cómo puede nadie ser tan mal educado, pero bueno, yo en asuntos de otros no me meto.

Bueno, ella sufría muchísimo la pobre, pero bien

se lo merece, tú sabes que ella es totalmente responsable de la muerte de su padre, que el pobre murió de pesar por los actos escandalosos de su hija. Si no, no se hubiera muerto. Imagínate tú, una familia decente, un hombre honrado, y la hija le hace esto, una cosa así, nada, simple y sencillamente arrimada, en concubinato, que no hay forma que se le pueda dar la vuelta, concubina, ya está. Todo el mundo sabe que al morir el desafortunado padre de Felicia, le dejó a su hija una buena suma de dinero y que Arenal la despilfarró toda en un abrir y cerrar de ojos, pues la malgastó comprando fusiles y cosas de esas, y ella, la pobre, con sus cinco hijos muriéndose de hambre, pero bueno, así es como tenía que ser, ¿cómo iba a poder ella disfrutar de ese dinero sabiendo que si lo tenía era porque su padre había muerto y que su padre había muerto asesinado por sus propias manos? Hablando en metáfora, claro está. Tú sabes que él anda diciendo que se casó con ella, eso es para aparentar un poco de respeto y que tiene la sangre fría de decírselo aún a parientes tuyos. Yo no me explico cómo lo permiten, pero bueno, eso no es asunto mío, y yo en asuntos de otros no me meto. (*Se distrae de nuevo. Angela se adelanta. Pero Moncita espera a que Angela dé la vuelta para unírsele.*)

En fin, lo que vine a decirte, es que en la última de esas ausencias de él, las autoridades newyorquinas vinieron a poner a Felicia en la calle porque debía varios meses de alquiler. En eso, un amigo de Arenal, peninsular, soldado y hombre de letras que vivía en el mismo edificio, subió, pagó todo lo que debía y le dijo: "Esto se puede hacer una vez pero no dos, ¿por qué no se va Ud. a La Habana con su familia?" ella dijo que cómo iba a poder. El le dijo: "¿Cómo puede una joven de su posición someterse a una relación tan

desventajosa?" y que ella contestó: "Lo quiero desde que éramos niños". El le hizo una colecta entre varias familias cubanas establecidas allí y de este modo volvió a La Habana con sus seis hijos. ¿Te puedes imaginar vergüenza más grande? Bueno, te estoy cansando.

(Coge aliento.)

Para abreviar. Arenal lleva casi un año solo, me dicen que cuando está solo se pone como un león enjaulado, y que viene a establecerse en Europa, creo que en París, porque no puede entrar en España por todas sus revoluciones y cosas, pero que dicen que lo que en realidad tiene en mente es reunirse contigo.

(Sube a la plataforma caricaturizando un porte majestuoso.)

"Te lo digo para que estés prevenida y que no te sorprenda cuando caiga aquí.

(Moncita sale. Paco sale de su inmovilidad.)

PACO.—París, 1878. Angelina:

Pienso en ti y en Salvador y con esta memoria recobro el tiempo cuando con vosotros tuve los únicos momentos de paz y tranquilidad en mi vida. Con la esperanza de que los años también te hayan hecho ver los errores que el espíritu joven e impetuoso cometió y lo inevitable de nuestra reconciliación, es que me dirijo a ti hoy.

Sin embargo, si la tranquilidad y felicidad que me pudieras ofrecer uniéndote a mi pudiera en lo más mínimo turbar la felicidad y tranquilidad que disfrutas, lleno de abnegación sacrificaría mi aspiración y renunciaría de una vez al deseo de pasar a tu lado el resto de mis días.

Si tu respuesta fuera contraria, te ruego no me guardes rencor y me concedes por favor lo único que me podría dar felicidad. Deseo ver a mi hijo y ofrecerle aunque por corto tiempo el cariño de un padre que en estos diecisiete años sólo ha pasado en él. Como que no puedo ir a España, el

único medio de que satisficieras este mi deseo sería que ambos viniesen a cualquier población de Francia donde os esperaría con ansiedad y cariño.

(Pausa)

Paco.

ANGELA.—No me propuso esto antes, porque la presencia de la querida se lo impedía. No pudimos ir a Francia como él me pedía, pues hubiera sido un trastorno inmenso para mi y Salvador."

(Matraca.)

"Además no quise que interpretara un viaje así como mi aprobación a su frivolidad".

"Pero un año más tarde, cuando ya había terminado la guerra de los Diez Años y le fue permitida la entrada en España por virtud del Convenio del Zanjón, vino a verme. Al entrar me dijo efusivamente. ¡Al fin te veo de nuevo, tan difícil se ha hecho este momento que pensé que nunca llegaría".

"Sus palabras eran claramente sinceras, pues surgían de su remordimiento de conciencia. Sin embargo, me mostré recta y firme con él para prevenirle que no debía volver a proponer nuestra reunión.

"Estuvo en Sevilla sólo un día y partió para París en tono amistoso.

(Angela saca una carta de su escritorio y la lee con la vista.)

PACO.—París, 1879.

Angela:

Llegué tan cansado y tan enfermo de las emociones de Sevilla, además del viaje fatigoso, que tuve que ir a la cama, y hoy salgo por primera vez. ¿Qué puedo decir, Angelina, de lo mucho que he sufrido en Sevilla? Cuanto sentí no poder ver a Salvador. Ten en cuenta que me fuí por tu bien, pues mi único deseo es hacer lo que más les conenga.

“En lo que respecta a tí y a Salvador debes proponer y disponer lo que desees.

Tú lo sabes.

Francisco de Arenal.

ANGELA.—“Dime si esas cartas no son pruebas suficientes para derrumbar toda esta falsa historieta.

“Contéstame en seguida. Tu prima que te abraza, Angela.”

(TELON.)

IV

(Es de noche. Angela se mueve con impaciencia, camina de un lado a otro deteniéndose en cada ventana. Su impaciencia se convierte en nerviosismo y angustia. Todo su cuerpo tiembla. Suena una campanita. Angela se apresura a su escritorio y saca una carta de una de las gavetas. Esta vez se confunde de llave. Con la carta abierta entre sus manos temblorosas y la mirada fija en ella, dicta.)

ANGELA.—“¡Qué Paco consiguió testigos que afirmaran que yo lo abandoné y que rehusé volver con él! Está claro que cada paso de esa familia se basa en calumnias y desvergüenzas. ¿Cómo pueden vivir con su propia conciencia? “En cuanto Paco se estableció en La Habana en 1865 con un buen empleo en la redacción del periódico “El Siglo”, y nuestra reunión fue sensata desde el punto de vista económico,

(Matraca)

hice lo indecible por reconstruir nuestro hogar.”

(Entra Angela Buena y Salvador Niño. Salvador niño lleva su aro y un libro en cuya portada se distinguen las letras ABC. Salvador juega con su aro.)

SALVADOR NÑO.—ABB C querido

A B C papá

A B C la cartilla se te fue
 A B C el papá se te fué
 (*Salvador juega un rato en silencio*)
 Madre, quiero escribirle a papá.

ANGELA BUENA.—¿Cómo, hijo, si no sabes escribir?

SALVADOR NIÑO.—Con la cartilla, mamá, como me ha enseñado Perico Paz.

(*Se echa en el suelo y escribe.*)

Papá - tengo - muchas - ganas - de - verlo,
 échele - la bendición - a - su - hijo - Salvador.

ANGELA.—Cuando Salvador tenía solo cinco años le escribía a Paco rogándole que volviera. Sentía profundo amor por su padre, a pesar de no poderse acordar de él. Cuando Salvador terminó su carta, me la entregó lleno de satisfacción. Mis ojos se llenaron de lágrimas, y para evitar que mi tristeza echara a perder su júbilo me volví con la excusa de buscar un sobre. Su ingenuidad me enseñaba a no sentir orgullo.

Uní mi voz a la del niño y lo llamé al hogar. Recuerdo claramente que le decía frases como ésta: Te he perdonado siempre y sólo te deseo que goces de paz y tranquilidad con los tuyos. (*Angela Buena y Salvador Niño permanecen inmóviles.*)

(*Aparece Paco en la plataforma*)

PACO.—Mil ochocientos sesenta y cinco.

Angelina:

Tu carta del diecisiete, que recibí anoche, me conmovió profundamente, pero la de Salvador que incluías ha hecho una impresión aún más fuerte en mi alma. Tanto que no pude dormir pensando en la actitud de esa inocente criatura cuando se afanaba en trazar esos renglones que me dedicaba.

Gracias, Angelina, por la carta de Salvador y por la tuya. Me entristece pensar en la fatalidad que impidió la ventura de sus padres y que me imposibilita estrecharlo en mis brazos.

Adios.

Creo en la amistad sincera que me manifiestas. Mil besos a Salvador y dile que debe escribirme de nuevo.

(*Paco permanece inmóvil.*)

ANGELA.—“Fuí tan cándida que me pareció su respuesta alentadora. El sólo me decía: ¡Creo en la amistad sincera que me manifiestas! Sin embargo, mi afán por reconstruir nuestro hogar me hacía entender en estas palabras una promesa de reconciliación. Poco después Salvador se enfermó con la fiebre pernicioso la cual puso su vida en peligro.

“Yo inmediatamente avisé al padre del estado de Salvador.

“Cuando el médico nos dijo que los recursos de la ciencia para dominar el mal habían sido agotados y que en su opinión sólo se podía confiar en Dios y en la naturaleza del niño, delirante y atribulada escribí a Paco de nuevo, repitiendo lo que el médico había dicho, pero le dije mucho, mucho más.

“Sólo recuerdo que la carta estaba empapada en lágrimas, que estaba escrita bajo la impresión del más acerbo dolor, que lo llamé, lo llamé con mi alma para besar y bendecir a ese pobre niño que moría.

“Certifiqué la carta y aún guardo el recibo.

“Pero él nunca contestó esta carta ni la anterior.

“No fué hasta entonces que me di cuenta que el tono evasivo de sus últimas cartas reflejaban ya el poder de la presencia de esa mujer y que no se trataba de una simple aventura.

“Yo le escribía que se lo perdonaba todo, que sólo le deseaba felicidad con los suyos. El contestaba a esto diciéndome que creía en mi amistad. ¿Habría interpretado él que al referirme a los suyos me refería a esa mujer y a esos hijos? No puedo creerlo. No puedo creer que su des-

fachatez había llegado a tal grado. Pienso más bien que prefirió fingir que no entendía y evadir el significado de mis palabras.

“Si me hubiera ofrecido una choza, ahí hubiera ido.

(Matraca)

“Lo llamé junto a mi para reconstruir nuestro hogar y educar a nuestro hijo. Ignoré el escándalo de su vida. Apelé a su responsabilidad hacia su hijo legítimo.

“Bajo estas circunstancias ¿cómo puede afirmar honestamente que se separó de su mujer porque ésta rehusó volver al hogar conyugal?

“Yo también tengo testigos, David, no pienses que las mentiras de esos cambian la verdad de los hechos. Yo también tengo testigos y mis testigos son todos los que aún respetan la verdad y la decencia y que la proclamarían ante cualquier corte o cualquier plaza pública. Todos esos son mis testigos, David y todos atestiguarían que yo siempre velé por mantener mis lazos conyugales.

“Siempre perdoné todo a Paco y hoy sólo le deseo que Dios lo favorezca y le dé mucha salud”.

(Molesta)

No, no, borre eso. Ponga:

“y hoy sólo le deseo paz y tranquilidad en el reino de los cielos.”

(Se oscurece la escena.)

V

(Es por la mañana en la misma habitación. Angela abre las ventanas y entra de pleno la luz del día. Está de buen humor. El año es 1901.)

ANGELA.—“Querido David:

“Como resultado de mis indagaciones para conseguir el abogado más adecuado para tramitar mi caso, he conseguido persona más que adecuada, pues he encontrado un joven abogado de La Habana cuyos sentimientos de enemistad hacia la familia adúltera son tan profundos que igualan los míos. ¡Qué suerte he tenido!

(Pausa)

¡Quiera Dios que siga llevándome de la mano!
(Entra Manuel. Lleva un cartel como los que usan los fotógrafos de parques de diversiones. El cartel tiene un dibujo caricaturizando a Manuel, y tres agujeros por donde salen la cabeza y los brazos de Manuel. Manuel se coloca de frente al público.)

“Este joven es Don Manuel Alvarez, su padre Don Segundo, fue alcalde de La Habana durante muchos años, y durante su alcaldía recibió violentos ataques de un periodista de La Habana que

(con deleite)
es nada menos que el hijo ilegítimo de Paco de Arenal —¡De tal palo tal astilla.

“El padre quiso ausentarse de la Isla para evitar trastornos durante el tiempo de transición.

(*Matraca*)

Y ahora que está todo en calma, vuelve con su hijo Manuel para volverse a establecerse en Cuba. ¡Es la mano de Dios quien me ha traído a este joven! ¿Qué más se puede desear?

No creo que se venda a los contrarios, porque cuenta con capital y además para traicionarme a mí, tendría también que traicionar a su padre. (*Angela toma una varilla, camina hacia Manuel con aire de maestra lo señala mientras lo describe.*)

“El joven Manuel no es muy agradable a la vista, pues es jorobado y tiene un rostro poco atractivo.

“Sin embargo, su defecto físico no le ha perjudicado. Su joroba despierta sentimientos piadosos. Además, se ha empeñado en adquirir una esmeradísima educación, una conversación cultivada que lo hacen interesante.

“Mi pobre Salvador hubiera disfrutado muchísimo de su compañía, Manuel reúne tantas cualidades que Salvador deseaba para sí! Adiós, recuerdos a los demás y sabes que no te olvida, Angela.” P.D.—Hoy me siento muy bien”.

(*Angela suspira con satisfacción. Entra un perro corriendo que va a Angela. Angela lo acaricia. Entran tres perros más, ella les habla cariñosamente, y juega con ellos un rato. Angela los echa, suspira con satisfacción y vuelve a su trabajo, pero esta vez demasiado contenta para hacerlo con afán.*)

“Sevilla 1901.

“Querido David:

“Espero que no volverás a permitir que una indisposición tan pequeña como un resfriado, te impida escribirme en el futuro.”

Borre eso.

“Lamento que hayas estado enfermo.

“En el correo de hoy le estoy escribiendo a Casimiro Paz para que obtenga el certificado de defunción que parece escaparse de las manos de mis familiares. Como tú sabes él se está portando en estos momentos trascendentales para mí de un modo que sólo se puede esperar de la familia más allegada, o ni aun de la familia más allegada, pues mi familia no ha mostrado el interés y la voluntad que ha mostrado él. Casimiro Paz ha sido el único que cuando le he pedido que me averigüe algo lo ha hecho sin perder un instante. (*Sale Casimiro con un cartel como el anterior. Lleva un ramo de flores. Se coloca al lado de Manuel.*)

Casimiro mostró siempre una gran lealtad hacia mi persona y un interés y un amor profundísimos por mi inolvidable Salvador. Siendo Casimiro un jovencito de sólo 17 años enseñó a mi hijo a escribir a la temprana edad de cuatro años.

“A pesar de su modesta posición, demostró siempre la cordialidad y buenos modales de una persona de elevada posición. Ganaba sólo el escaso sueldo de los jóvenes que van a Cuba a buscar futuro; sin embargo, compraba a Salvador magníficos juguetes para estimular su interés. Salían a menudo a dar paseos y cuando volvían me traían flores fingiendo que había sido Salvador quien me las había comprado.

“Cuando pasamos por La Habana rumbo a España, Casimiro, que por casualidad se encontraba en La Habana.

(*Matraca. Angela mira al escribiente fijamente*) pasando sus vacaciones, puso todo su tiempo a nuestra disposición y quiso llevar a ese pobre huérfano de padre, que dejaba su tierra natal a la edad de ocho años para nunca más volver, a ver todos los monumentos históricos de la ciudad.

y como que Salvador tenía un notable espíritu de observación, lo llevó a ver el Castillo del Morro y la Cabaña. Nunca olvidaré el júbilo que le proporcionó a mi adorable hijo, ni tampoco olvidaré lo triste de esa despedida. Casimiro clavado en el muelle durante tres horas, mantuvo sus ojos llenos de lágrimas fijos en mí.

(Pausa. Recuerda con ligero asombro.)

No quería que Salvador lo viera llorar.

(Pausa más larga, recuerda como con sorpresa. Hace un leve movimiento como para borrar el pensamiento.)

Tanta era su tristeza por separarse del niño que ni una sola vez volvió su vista a él.

(Matraca)

Mientras Salvador, inconsciente de lo largo e irrevocable de ese viaje y de que nunca más volvería a ver a su amigo, jugaba y corría por la cubierta con su nuevo juguete, regalo de Casimiro.

Me extendo tanto alabando su carácter porque quiero que lo visites y le llesves un presente de mi parte como prueba de mi agradecimiento. "Llévale una cajita de tabacos, pues no son muy caras y Casimiro quizás los fume. Ya sabes que mis medios no me permiten despilfarrar dinero. Adiós. Tu prima. Angela."

(Angela camina hacia las ventanas. Entra Paco, que lleva un cartel como los anteriores y se para al lado de Casimiro. Angela se vuelve y camina bruscamente hacia Paco. Lo mira de arriba a abajo y comienza a dictar.)

"David:

"He recibido tu carta del quince en la cual noto aunque lo has expresado en forma sutil y delicada que tu opinión del difunto Francisco de Arenal es elevada.

"La discreción me ha impedido decirte toda la verdad sobre su carácter. Sin embargo, para que

tengas una idea precisa de con quienes estamos tratando me veo forzada hoy a decírtelo todo. Francisco de Arenal sólo se interesó en tenerme a su lado cuando necesitaba apoyo económico. Sí, cuando no tenía para vivir, pero después, cuando ya estaba en buena posición no le interesaba tanto la esposa digna y respetable y el hijo legítimo como la mujerzuela que se le dió fácilmente. "En la época que me enteré que él trabajaba, que tenía un cargo importante en la redacción del periódico "El Siglo", le escribí como ya te he dicho antes proponiéndole nuestra unión, pero también te he dicho que se hizo el tonto.

"Fue este el momento que debió haberme ofrecido un hogar y no en los momentos aquellos, dos años antes, cuando no teniendo nada que ofrecerme, me exigía que me uniera a él.

"Los años no hicieron cambiar a Paco. Había administrado mal una suma de dinero que la amante había heredado de su padre. Gastado el dinero la abandonó como era de esperarse. Entonces sólo y sin medios de manutención me escribía y me pedía que lo acogiera en mi hogar. Me decía que quería paz y tranquilidad, que quería pasar el resto de sus días conmigo, pero ese deseo y esas promesas no le impidieron reunirse con su querida dos meses más tarde.

"Te aseguro David, que la desvergüenza fue siempre la característica principal de Francisco. *(Angela toma una carta del escritorio y se la da al escribiente.)*

Copie esto.

(Angela va al frente y camina de un lado a otro.)

PACO.—"La Habana, 1884.

"Angelina: Si puedes mandarme doscientos pesos, hazlo sin demora, que yo te los mandaré dentro de un mes, puedes estar segura que cumpliré mi promesa.

"Dos pérdidas aquí en La Habana han desequi-

librado el pago de mis gastos; mi posición es tal que cualquier compromiso que adquiriera endeudándome con alguien que no sea de absoluta confianza podría perjudicarme inmensamente. Recorro a ti seguro de que no rehusarás servir a tu marido en estos momentos.

“Quedo de ti siempre, Paco.”

(Angela abre una gaveta cuidadosamente y saca tres rabos de papel y pone uno a Manuel, otro a Casimiro y otro a Paco. Al terminar sale de la escena rápidamente.)

(Se oscurece la escena.)

VI

(La escena es la misma. Es de noche. El almanaque ha cambiado a 1902. Angela entra por la puerta de la derecha con rápidos y largos pasos.)

ANGELA.—“Acabo de recibir carta de Casimiro Paz con el certificado de defunción de Francisco de Arenal. Casimiro es el único que se ha mostrado activo en este asunto.

(Llega a su escritorio y se sienta.)

“Quiero que comiences las gestiones para hacer las reclamaciones.

(Se mueve con pasos cortos y gestos violentos.)

“Hay que evitar que ellos recurran al método de obstrucción, que consiste en demorar el juicio para esperar a que yo me muera. ¡Tenemos que adelantárnosles!

Tengo fe en ti y espero que, como buen hermano, no perderás de vista el asunto hasta el final.

Mi caso consiste en las siguientes acusaciones:

Número I “A esa mujer, la opinión pública ha acusado de criminal por ser moralmente responsable de la muerte de su padre,

Número II “Esa mujer ha usurpado mi estado civil, ha usurpado mi posición social, ha usurpado, en suma, mi identidad.

Número III “Esa mujer le robó el padre a una

inocente criatura y borró a ese hombre del libro de los hombres honrados.

“Cada día que pasa sin llevar el caso a la Corte es un día que se le concede a la deshonra. Es deliberadamente y con los ojos abiertos, hacerle el regalo de ese día a la desvergüenza.

“Escribes viuda en tus cartas y no tienes derecho, no tengo tampoco derecho a recibir esas cartas, no tengo derecho a abrirlas, no soy la viuda de Arenal como tú supones.

“He pasado tristes y pesimistas Pascuas y Año Nuevo. Adiós. Tu prima, Ángela.”

(Ángela se dirige a la ventana, mira hacia afuera. Se mueve con impaciencia sin dejar de mirar hacia afuera. Vuelve a dictar.)

“Sevilla, 1902.

“Prefiero la comunicación de barcos españoles, se demoran solamente 27 días, es más directa.

“Después de pasarme los días frente a la ventana esperando la llegada del correo y de contar y calcular las horas que faltan, no llega carta.

“Hoy no siento placer para nada, es por eso que termino ésta. Tengo dolor de cabeza.

(Pausa.)

“No, no puedo terminar, aun tengo muchas cosas que decirte.

“Quiero saber si has visto al joven Alvarez. Quiero saber si has tramitado la protesta a la usurpación.

“Cuando no puedas hacer alguna diligencia, ¿no puedes encomendar a alguien que la haga en tu nombre? Cuando no puedas escribir, ¿no puedes encontrar a alguien a quien dictar una carta?

“Mi preocupación por este asunto no me deja un momento de tregua.

“Adiós, Tu prima,

“Ángela.”

(Pequeña pausa, comienza nueva carta.)

“David: Esperaba carta tuya. Mi decepción fue grande. Cuando se distribuyeron las cartas y no había nada para mí.

“Manuel de Alvarez no se ha dignado escribirme después que expresó claramente su deseo de tramitar mi caso.

(Molesta)

“No puedo tomar ninguna decisión si no sé exactamente el desarrollo del caso. Desde que salí de Cuba todos me han abandonado o me han traicionado.

(Ángela permanece inmóvil un rato; está agotada. Suena una campana. Se levanta enérgicamente.)

“Querido David,

“Recibí tu carta por la cual me enteré que habías estado enfermo de nuevo, ya yo sabía que tu silencio no podía deberse a otra cosa que a tu delicada salud.

(Matraca)

“Al fin la reclamación llegó a su término. Recibí el acta a mi favor y corregido el certificado de defunción de mi marido.

“Le acabo de escribir a Casimiro Paz para que se ocupe de publicarla en el “Diario de la Marina” y “La Lucha”, junto con un comunicado que he redactado yo misma, donde expongo todos los pormenores del escandaloso delito.

“Le he pedido además, a Casimiro, que haga imprimir ocho mil o nueve mil copias del acta y ocho mil o nueve mil —el mismo número— de mi comunicado y con la guía social a la vista, mandar copias de estos documentos a todo el mundo conocido en la capital, a todo el mundo conocido en Sancti Spíritus, y a todo el mundo conocido en Trinidad. Le he pedido a Casimiro que haga todo esto porque quiero estar segura de que se hará antes que me muera.

(Ángela hace un gesto de impaciencia)

Borre eso.

“Quiero que no quede persona que no se entere del ataque aleroso que se ha hecho contra mí. “No considero la nueva redacción del certificado de defunción satisfactoria. Su lectura me inspira un malestar indecible.

“En el mismo renglón que está escrito mi nombre aparece el de la usurpadora.

Dice: “La viuda Angela Martín no Felicia Pardo. Hasta yo digo ya su nombre. No se le ha negado. Al contrario, queda ahora para siempre manchando mi viudez.

“¡Es monstruoso! David.”

(Saca una carta del gavetero. Pone la carta en la palma de su mano y deja caer su frente sobre ella. Permanece así un momento y en la misma posición comienza a dictar afligida.)

ANGELA.—“Mi querido primo,

(Pausa)

mi siempre amado David.

“¿Cómo puedes escribirme de esta manera? Ya debía haber sabido

(Pausa)

por tus tardanzas, por tu falta de entusiasmos, que no quisiste que obrara

(Pausa)

como lo he hecho.

“Invocas mis buenos sentimientos y me pides que no le haga daño al hijo de Arenal. Que esta es una prueba que me ha puesto Dios.

(Alza la cabeza y pone la carta en la mesa.)

“Que dándome estas armas que pueden condenar un alma inocente, quiere ver si las pondré en uso. Que haría daño al que supo ser un buen hijo y el único amparo de su pobre padre enfermo.

(Con esfuerzo desgarrador)

“No sabes la afrenta que he sufrido con esta historia. Comprendo que el hijo ilegítimo no es

responsable de mis sufrimientos. Es una lástima que los hijos tengan que sufrir por las faltas de los padres.

“No sólo se publicará el acta

(Pausa — aun con más esfuerzo)

“sino también publicará el comunicado donde expongo todos los pormenores del crimen

(Matraca gime.)

“Me dices que ya yo he sido reivindicada. No... no es por mi reivindicación que he hecho todo esto; porque tengo todas las infamias más presentes que nunca; antes las podía ignorar, ahora las tengo grabadas en mi historia. “No, David, no se trata de reivindicación. Se trata de justicia. Yo con esto no he ganado nada. Al contrario, he perdido mucho. Ha quedado mi nombre envilecido para siempre. He perdido mi pureza social, la dote de mi casta, he perdido la virtud de mi categoría, en suma, mi especie. He perdido todo esto por el orden de las cosas y me he sacrificado yo por el orden de las cosas.

“¿Cómo me puedes pedir que recuerde a Salvador? Me dices que recuerde que Francisco como hijo fue bueno. Que piense que Salvador en su desgraciadamente corta vida fue como él. Me dices que piense en Salvador. ¿Cómo puedes pedirme que piense en él? No puede madre alguna tener más en mente el recuerdo del difunto hijo.

(Entran Salvador, Salvador niño, Paco, Moncita, Manuel, y Casimiro. Permanecen de pie en la plataforma.)

“Piensa en Salvador... Cuya vida... el destino tronchó... Piensa... Piensa en Salvador y no tronches la vida de Francisco el joven... ¿Cómo puedes hablarme así?

(Saltan todos a escena y se colocan formando un tableau.)

SALVADOR.—Francisco el joven tiene ya cuarenta años,

madre, pero yo seré siempre un niño.

(*Salvador carga a Salvador niño. Giran acompañándose en todo de sonsonete y conteniendo la risa.*)

SALVADOR Y SALVADOR NIÑO.—A B C A B C A B C
El papá se te fue
A B C A B C A B C A B C A B C A B C
A B C

SALVADOR GRANDE.—Sólo quiero hacerla feliz, madre
(*En tono burlón*)

Salvador no salva a nadie.

SALVADOR NIÑO.—Sólo quiero hacerla feliz, madre.

(*En tono burlón*)

Salvador no salva a nadie.

(*Salvador pone a Salvador niño en una silla.*)

ANGELA.—“No me puedo interesar en esas comparaciones... la justicia... el orden de...”

SALVADOR.—Francisco el joven es un hombre maduro, madre. ¡A destruir a Francisco el joven! A destruir a Francisco el joven!

ANGELA.—¿Por qué David, por qué fuerzas esos pensamientos en mí?

SALVADOR.—(*Con la mirada hacia el techo como un moribundo, se contrae violentamente*). (*Con algo de burla*)

Una — mujer — tan — superior. Qué — desgraciada — ha — sido, — madre.

(*Casimiro se separa del coro y contempla a Angela enamorado. El coro canta al estilo de Zarzuela.*)

CORO.—Una — mujer — tan — superior. Una — mujer — tan — superior.

(*Mientras esto sucede, Angela se tapa la cara, trata de esconderse, estira sus brazos hacia ellos como para borrarlos de la escena. Va de uno en uno sacudiéndolos, tratando de persuadirlos de que se detengan.*)

CORO.—A destruir a Francisco el joven. A destruir a Francisco el joven.

(*El coro se pone en posición de Tableau.*)

PACO.—(*Con voz fuerte y sentenciosa*).

Nunca quisiste nada de mí, solo tu viudez. Me repudiaste vivo. Sólo muerto valgo... para extraer la viudez de mi cadáver.

ANGELA.—No..., no..., no quiero oír..., son insultos...

PACO.—Para ponerte la viudez de sombrero.

CORO.—(*Cantan*)

La viudez de sombrero.

(*Bailan*) La viudez de sombrero. La viudez de sombrero.

PACO.—Ahora cuidas de ese sombrero con más celo del que cuidaste tu propia felicidad.

(*Angela se pone tremendas ojeras negras, nariz de bruja y joroba en la espalda*).

No dejes que nadie te lo quite. Cuida del sombrero porque vale mucho, vale mucho, vale tanto que yo quisiera un sombrero también.

(*Baja un sombrero de viuda por un hilo.*)

¡Ah mira, ya tengo un sombrero!

(*Se lo pone*).

Este sombrero es tu primer amor Angelina.

CORO.—(*Cantan.*)

Primer amor. Primer amor.

(*Bailan*)

Primer amor, Primer amor.

SALVADOR NIÑO.—Yo quiero un gorro también.

(*Baja un sombrero de viuda para Salvador niño. Inmediatamente otro para Salvador. Se los ponen.*)

CORO.—(*Cantan*)

ABC — ABC — ABC.

ANGELA.—(*Gimiendo*).—No comprenden no comprenden. Se equivocan, se equivocan, se equivocan.

MONCITA.—Ah, para mí también, para mí también, para mí también.

(*Baja otro sombrero.*)

No es que yo quiera meterme en lo que no me importa.

(Se lo pone.)

MANUEL.—¿Y para mí?

(Baja otro sombrero. Se lo pone.)

¡Ah! Y también estoy aquí para decir una pe-
queñita cosa.

(Se vuelve a Angela.)

Que Vd. señora viuda, tiene muy malas inten-
ciones. ¡Ji, ji, ji, ji, ji!

CORO.—Discurso, Discurso.

(Manuel se prepara para decir un discurso.)

(Cantan.)

Discurso. Discurso.

(Bailan.)

Discurso. Discurso.

MANUEL.—Tu matrimonio no fue un matrimonio res-
petable Angela, como pudo haberlo sido cuando no
fuiste esposa.

CORO.—Aplauso. Aplauso.

(Manuel saluda.)

MANUEL.—Hay esposas buenas y esposas malas. Pero las
viudas no son ni buenas ni malas.

CORO.—Aplauso. Aplauso.

MANUEL.—Es más fácil ser viuda que esposa.

CORO.—Aplauso. Aplauso.

MANUEL.—La única tragedia que se le permite a una mu-
jer respetable es la viudez. ¡Ay! Angela que trá-
gica y que elegante.

ANGELA.—Sacrifiqué mi limpie...za de casta... Por lo
correcto...

(Echa el tintero por tierra, trata de dominarse.)

“No, no. Un momento. Borre, borre.

(Va al escribiente)

“Tienen que mandar las circulares a ocho mil o
nueve mil personas...”

CORO.—A diezmil, a oncemil, a docemil, a trecemil

(Bailan)

A catorcemil, a quicemil, a dieciseismil, etc. etc.

ANGELA.—”...A todos. Desde todas partes se les debe
censurar... Con la mirada fija en ellos... Se-
ñalándoles con el dedo... Claramente culpa-
bles... es lo que son... incorrectos...

MONCITA.—Se dice que le robaron a Angelina. Dicen que
le robaron la viudez también y también la dig-
nidad, ¡sí! Eso dicen, eso dicen, eso dicen. Di-
cen que va a venir a Cuba para ponerle una flor
en la tumba. Sí, eso dice la gente que sabe lo que
dicen, que viene desde Sevilla con una flor que
tiene una cinta que dice “de la viuda”.

CORO.—*(Cantan)*

De la viuda. De la viuda.

(Bailan)

De la viuda. De la viuda.

MONCITA.—Dicen que se fue a España por la guerra, pero
todo el mundo sabe que se fue porque siempre
le decían “Qué lástima lo de tu marido”. Dicen
que ella nunca quiso a nadie, pero a mí me consta
que sí, que sí. Que desde niña se enamoró de
su sombrero de viuda.

CORO.—*(Cantan)*.

Que sí, que sí, que sí. Que desde niña se ena-
moró de su dignidad.

(Bailan)

Que desde niña se enamoró de su dignidad.

*(Se quedan rígidos en su posición. Se oscurece
la escena. Solamente Angela, escribiente y Ca-
simiro permanecen en claridad.)*

CASIMIRO.—Es tu pureza, Angela, la que añoro. Desde
que te fuiste no ha habido luz en mi camino.

ANGELA.—¿Has perdido el sentido, David. Te olvidas que
cada cosa tiene su lugar, que la virtud no debe
rendirse? ¿Tu quieres que encubra sus críme-
nes? Y hacerme su cómplice.

Usted, escriba, eh.

(Exigente)

¿Usted escribe? Escriba lo que le digo. Ponga.

“¿No comprendes, David, que he vivido mi vi-

da con... corrección... con precisión correcta...? ¿Qué he sabido distinguir entre el bien y el mal?"

¿Usted qué escribe?

(Angela se dirige hacia el escribiente.)

A ver, a ver qué escribe. ¡Ah, sí! ¡Ah, sí, ya veo! Vd. también, Vd. pone lo que le da la gana. Ha escrito siempre lo que le ha dado la gana. A ver, a ver. Quítese de ahí.

(Angela lo empuja de la banquetta y se sienta en su lugar. Baja un sombrero de viuda. El escribiente se lo pone, se sienta en el asiento de Angela, su cara impassible, su boca se mueve como si hablara, pero lo que se oye es la voz de Angela grabada.)

VOZ GRABADA. *(Sentenciosamente).*

Puse todas mis fuerzas para conseguir lo digno. Aplasté lo tierno para conseguir lo correcto.

ANGELA.—¡Cállese! ¡Cállese!

VOZ GRABADA.—¡Salvador! Sí, fui yo quien le apagué su vida.

(Angela corre y le tapa la boca al escribiente, pero la voz no se altera).

Le apagué su niñez, le apagué su juventud.

A Paco le quise destruir su espíritu.

(Angela, tratando de silenciar al escribiente, saca el caramelo del bolsillo del escribiente y se lo mete en la boca. Le mete también el caramelo de su bolsillo y le vuelve a cerrar la boca.)

Una vida tan larga y tan en balde. Ahora termina. He rendido todas mis fuerzas, he rendido mi vida misma.

Empleé toda mi energía en mantener mi casta, mi categoría, hoy me queda sólo el bagazo de mí misma. Ya no puedo hacer el bien, ya no sé cual es el bien.

(Pausa)

¡Salvador!

(Pausa)

¡Salvador!

(Pausa)

En nombre de Salvador puedo hacer el bien.

En tu nombre *Salvador*.

(El disco se rompe y repite "En tu nombre Salvador". Angela arranca al escribiente de su asiento. El escribiente vuelve a su banquetta. Angela trata de abrir una gaveta sin usar llave, después otra, y otra más.)

ANGELA.—Envía quincemil circulares.

Adjunto te remito muestra de papel y modelo de la letra que debes cesar. Con el registro social a la vista mándale a todo el mundo empezando por la A y entonces la B y luego la C y la d y la e y la f y la g y la h y la i...

TELON RAPIDO.

“TEATRO CUBANO”, se terminó de imprimir en Agosto de 1961, Año de la Educación, en los Talleres de Tipografía Ponciano, S. A., San Ignacio 254, en La Habana. Editado por Publicaciones de la Casa de las Américas, República de Cuba, Gobierno Revolucionario.